

Fluir desde la adversidad

María del Pilar Ramírez Varela

LA TIERRA SE MUEVE...

Es la mañana del 19 de septiembre de 2017 y estoy dando un curso de Comunicación Efectiva a los voluntarios del equipo de Protección Civil de la Secretaría de Educación Pública (SEP) en Cuernavaca, Morelos. Estamos en el auditorio del tercer piso y es el segundo día de cinco que dura este curso para el cual me han contratado.

Se tiene que realizar el simulacro de evacuación, y como los participantes están a cargo de ello, me piden un receso para organizarse y llevarlo a cabo. Se ponen sus chalecos amarillos. El que dirige agarra el megáfono y empieza la acción. Casi todo el personal baja al patio central siguiendo las instrucciones de mis alumnos. Llama mi atención la señora de unos sesenta años, quizá secretaria, que se queda en una oficina tras su escritorio diciendo que “solo es un simulacro”. Más allá, un joven sube las escaleras con una torta en una mano y un refresco en la otra...: “¡Hay que bajar, no subir!”, le indica uno de los organizadores. Y él, sonriendo: “Sí, solo dejo mi torta en el escritorio y bajo”. Todos los demás que alcanzo a ver durante mi recorrido bajamos tranquila y ordenadamente.

Calculo aproximadamente quinientas personas afuera de las instalaciones. En realidad no sé si son quinientas, no tengo mucha experiencia en calcular número de personas, pero sí somos muchísimos, y todos bajo el sol. Algunos se empiezan a cansar y se apoyan en el muro externo del edificio. El que tiene el letrero de “IEBEM”. Uno de mis alumnos dice por el megáfono: “No se apoyen en el muro... ¿qué tal si se cae?”. Se oyen risas, la gente se toma *selfies*.

Un par de horas después, los presentes comprobarían con asombro que el muro sí se cae, pero por ahora esto es un buen descanso en medio del ajetreo cotidiano de las oficinas, tan llenas de gente, escritorios, computadoras, burocracia interminable en filas y en papeles. El sol es cada vez más intenso, y los diez minutos que nos mantenemos en el patio se sienten como cuarenta. Al fin se oye la orden: “Pueden regresar a sus oficinas”.

Al volver a subir, los organizadores del simulacro están enojados. Todos quieren hablar, critican lo mal que lo hicieron, saber por qué no les hacen caso si son la autoridad en estos eventos. Los participantes se interrumpen unos a otros, una maravillosa oportunidad para llevar este taller a un aprendizaje significativo. Se organiza la temática para analizar qué pasó, cómo nos comunicamos, qué dificultades tuvimos, cómo se puede mejorar. Equipos de trabajo comparten acaloradamente en función de los temas vistos el día anterior y este, pero, sobre todo, llevándolos a la práctica del recién realizado simulacro.

A la una de la tarde en punto concluye el curso por este día. Hoy el movimiento estuvo interesante, y entre los participantes deciden que, aunque ha terminado la sesión, se quedarán para discutir algunas estrategias que se llevarían a cabo en siguientes simulacros. Me despido y bajo.

Voy tranquila y satisfecha, pues mi trabajo, en días como hoy, me llena de sentido. A veces, pequeños chispazos de conciencia asoman en los rostros de aquellos a los que acompaño y, entonces, ser psicóloga, ser maestra, adquiere un valor más allá de los títulos y el esfuerzo. Hoy los dejo entusiasmados por mejorar y por organizarse.

Termino de bajar las escaleras y salgo al patio central. Las instalaciones siguen repletas de gente, papeles y burocracia, pero sé que en un rincón del tercer piso hay conciencias que se están comunicando y que están creciendo.

Salgo a la calle casi sonriendo, y ahí veo que avanza el coche azul que maneja mi esposo, una de esas coincidencias en momentos exactos que, a veces, se dan entre él y yo. Me subo gustosa de no tener que tomar otro transporte o esperar mucho tiempo más.

Damos la vuelta en la esquina, empiezo a contarle lo bien que estuvo el día y, de repente... ¡Todo se mueve! “¿Una llanta?”, dice mi esposo... “¡Temblor!”, digo yo. Para el auto, tomo mi celular y nos bajamos. Miro la hora: 13:14. Todos los coches se han detenido. La calle ondula como si en lugar de asfalto tuviera olas. Como inmersos en un mar sin orden, la gente grita, sale de las casas y tiendas, corre... es muy fuerte, esto es muy fuerte... demasiado fuerte para ser solo un temblor. La calle sigue con olas... “¡TERREMOTO!”, corrijo.

En momentos así, lo único que uno quiere es estar al lado de los seres queridos, y yo lo tengo a él ahí, conmigo, y eso me da seguridad, pero mis cuatro hijos están en la Ciudad de México. “Esto tiene que haber sido terrible en el D.F.”, dice mi esposo. Los celulares muertos... no contestan mensajes, no entran las llamadas. La radio empieza a dar noticias alarmantes: epicentro en Axochiapan, Morelos, 7.1 de intensidad, el centro de Cuernavaca con edificios caídos. Pienso que por eso se sintió tan fuerte... creo que nunca había habido un epicentro tan cerca. Le muevo a la radio con ansiedad buscando más noticias pero de la Ciudad de México no dicen nada... inada!

No tiene sentido regresar a la SEP, así que nos enrumbamos a casa. Normalmente queda a unos quince minutos, pero hoy todo está parado, la gente está en las calles, el tráfico es tremendo. Llegamos casi en cuarenta y cinco minutos.

Al entrar a la casa, piso pedazos de una teja rota en el piso y surge en mí la sensación de conciencia que empieza en mi estómago y me recorre con escalofríos... Apenas ahí me doy cuenta de la magnitud de esto. Sí... una teja rota que piso y mi cuerpo entero se estremece. Entiendo, entonces, la dimensión de este

terremoto. En casa solo se cayeron tejas, adornos, tazas, ollas de barro, alguno que otro cuadro... eso fue todo, pero la teja me sacude y me traslada a una realidad enorme. La tierra se movió, y con ello empieza seriamente a moverse algo en mí.

Pasan horas para poder saber que la familia está bien... Los hijos asustados, pero bien y ya moviéndose: una, asombrada del evento, pero en un lugar seguro; otro, en una fila de manos que retiran escombros de edificios caídos; otro, ideando hacer tortas para llevar a los rescatistas; otro, de rescatista.

Conciencias que se mueven, que se expanden. Mi mente da vueltas al escuchar las noticias que son de locura y mi cuerpo sigue tenso, a ratos temblando, a ratos lagrimeando o moviéndose de un lado a otro, pensando, sintiendo. Pasan las horas y, finalmente, a media noche, me acuesto para descansar un poco. Duermo esperando que pase pronto el día más movido de mi vida, sin tener aún la conciencia clara de que hay un antes y un después del 19 de septiembre, sabiendo, eso sí, que algo importante ha cambiado en mí.

UN NUEVO AMANECER

Al día siguiente despierto con esa sensación de estar aún en un sueño, pero mi cuerpo entero adolorido me regresa a la realidad. Amanece en Cuernavaca, como siempre, pero sé y siento que no es cualquier otro día. Se ha suspendido mi curso en la SEP ante los daños de infraestructura; comprendo que la ciudad y el país entero están en un estado de verdadera emergencia.

Decido no ver noticias hoy, pero al prender la computadora leo en las redes sociales una iniciativa para organizarse entre artistas y voluntarios para ver qué se puede hacer en las comunidades más afectadas de Morelos. Con una amiga, decidimos ver de qué se trata o qué podemos hacer. Han citado a los interesados en un café del centro, pero somos tantas las personas que llegamos

que no cabemos. Estamos sentados en la banqueta de la calle, quizás unos treinta.

Una joven entusiasta, la que puso el mensaje de buena voluntad en las redes, toma la batuta y empieza a coordinar. Quiere que nos subamos ya a los coches que haya y vayamos a las comunidades más retiradas y menos atendidas de Morelos.

Los jóvenes, artistas casi todos, se alborotan a la par queriendo ayudar. Mi amiga y yo, no tan jóvenes, no tan entusiastas, interrumpimos el desorden reinante con la idea de organizarnos, quizá por comunidades, quizá poniendo un responsable por grupo, quizá combinando la intervención cultural con el apoyo emocional.

Los jóvenes valoran la propuesta y empiezan a formarse equipos de apoyo por albergue o comunidad: Altavista, Tlayacapan, Hueyapan, Tlaquiltenango, Jojutla, Coatetelco, Tetela del Volcán, Yautepec, Jiutepec... Me doy cuenta de que no estamos más que tres psicólogas entre tanto voluntario y que es imposible distribuirnos en todas las comunidades. Nuestro apoyo tiene que ser más efectivo, menos disperso. En ese momento tomo mi primera decisión importante en este proceso: decido que mi colaboración personal será compartir esta acción organizando el grupo de apoyo emocional para dar acompañamiento en los albergues y comunidades afectadas de Morelos.

Sin demora, escribo un texto en las redes sociales. Seleccione una imagen de una vela encendida y, sobre ella, el mensaje: “Si eres facilitador o terapeuta, y quieres apoyar a las personas que requieren acompañamiento en esta situación de crisis, comunícate por este medio”. El mensaje se transmite desde la imagen de luz con la esperanza de que llegue a quien quiera compartir su tiempo y su experiencia; con la esperanza de que la luz se multiplique por todo el estado. Se necesitaban orejas que escucharan, ojos que ayudaran a contactar, pies que se acercaran a cada albergue y a cada pueblo, presencias comprometidas que estuvieran.

Empiezo a recibir respuestas. Conocidos y desconocidos llaman, escriben, se van comprometiendo. Empezamos a organizarnos, a distribuirnos en los lugares, a coordinar nuestra labor con la de la brigada cultural. Se me ocurre armar un grupo en WhatsApp y voy integrando a los más de sesenta terapeutas, facilitadores y psicólogos que nos hemos anotado, a una semana del terremoto. Cuando el chat me pide ponerle un nombre, sin dudarlo decido: “Terapeutas por Morelos”.

La primera semana me toca estar reuniéndome con los equipos, mandando mensajes por chat, compartiendo documentos y material para actualizarnos en temas de intervención en crisis, armando una campaña de donación de materiales didácticos para trabajar con las personas afectadas.

Son muchos los que colaboran; desde la que apoya en la logística, el que brinda sus conocimientos y nos capacita, los que se lanzan a las comunidades entregando su energía y su tiempo. A mí se me va el día pegada al celular respondiendo a las demandas de los equipos. Sé que puedo dar mucho más, pero sé que en este momento me toca el rol administrativo. Como líder que había estado incubándose por mucho tiempo, de repente emerge de mí la habilidad de empatizar y comunicarme con unos y con otros, la capacidad de planear las acciones, la creatividad y motivación para ver esto más allá de la crisis. Y, sin embargo, día y noche sigo pegada al celular.

Los días van pasando. El cansancio es extremo para todo el grupo. Se da una capacitación de primeros auxilios psicológicos por parte de una especialista que está en el grupo, también una sesión de contención emocional para los que han ido a los albergues y comunidades, por aquello de que quien ayuda necesita también ayuda.

Mis hombros me duelen todo el tiempo. Me dicen que puede ser la postura de estar todo el día con el celular, yo pienso que es la tremenda carga que estoy llevando a cuestas; como si cargara

los sacos de escombros o los cuerpos sin nombre que en este momento mi hijo rescatista está sacando de los edificios en ruinas de la Ciudad de México.

Sé que mi carga no es tan dramática, pero a la vez siento el peso al estar velando porque los terapeutas nunca estén yendo solos a las comunidades (ha habido ya temas de inseguridad en los caminos), procurando que recojan el material donado y lo utilicen adecuadamente, viendo que investiguen las necesidades de la población, pidiendo que anoten sus experiencias para ir las sistematizando, promoviendo que asistan a las capacitaciones. Y sí, estoy acá sentada y es real el cansancio, el desvelo, incluso la presión alta es medible, pero pienso en quienes están durmiendo a la intemperie con miedo, lluvia e incertidumbre, y entonces vuelvo a retomar mi labor con energía... ya pasará el dolor de hombros.

A dos semanas del terremoto, el grupo tiene una propuesta metodológica para trabajar no solo en el apoyo emocional o desde la intervención en crisis, sino para la reconstrucción integral de las comunidades que enfrentaron pérdidas por el terremoto. Empezamos a tener algo que guía nuestra labor: la idea de “adoptar un pueblo” e implicarnos en un compromiso con la gente, donde las sabidurías para salir adelante se compartan.

A medida que corren los días, el impulso de ayudar empieza a disminuir en la población en general. Las donaciones son cada vez menores, los titulares ya no presentan tantas noticias de las zonas afectadas. Algunos del grupo de terapeutas que no tienen el compromiso o tiempo necesario empiezan a sentir que esto es en serio y a largo plazo y se van retirando.

Como una acción afirmativa que sale del corazón, y con la confianza en esta fuerza común que hemos ido construyendo, tomo entonces mi segunda decisión importante desde el terremoto: apoyar personalmente a dos comunidades de Morelos, yendo una vez a la semana a cada una para dar de la mejor manera en la que sé dar: acompañando, escuchando, aprendiendo. Siento ahora que

puedo amanecer con una nueva luz por compartir; que toda la dispersión que era frecuente en mi vida se enrumba al fin con un significado real.

JOJUTLA: DE LA DESTRUCCIÓN A LA ESPERANZA

El 2 de octubre, junto con el equipo de terapeutas, me acerqué a Jojutla. Como la consigna “2 de octubre no se olvida”, siento que, definitivamente, esto así será en mí, y no porque hoy se conmemoren cuarenta y nueve años de la masacre de los estudiantes en Tlatelolco, sino porque hoy puedo ver la desolación de un pueblo en ruinas a doce días del terremoto, con el epicentro de la tragedia apenas a setenta kilómetros de él.

Jojutla (del náhuatl *Xoxoutla*, “lugar donde abunda la pintura azul”), rodeado de cañaverales, balnearios y normalmente de turistas, hoy con más de setenta rosarios que rezar y cruces que levantar, es una población que empieza a erguirse apenas de los escombros. Siguen ahí sus casas derruidas, su gente aglomerada en albergues improvisados con lo que pudieron rescatar para seguir viviendo sus vidas. Están ahí buscando organizarse: el que más puede, apoya al que lo necesita llevando comida, abriendo las puertas de sus terrenos para que otros puedan acampar. Como la familia Camacho, que perdió todo y vive ahora en un terreno prestado. Arrancaron los cempasúchiles, hermosas flores amarillas que habían sembrado para celebrar el Día de Muertos, para velar ahí a una de las hermanas que quedó debajo de una losa el 19 de septiembre. Pusieron una gran lona, un par de catres, sillas y un armario que pareciera dar la bienvenida a un cuadro surrealista, donde un niño descalzo y un perro juegan en el lodazal que dejó el aguacero de anoche.

Más allá, una joven con su bebé de un mes al pecho; en un sillón, una mujer en sus sesenta, con una obesidad mórbida que casi no le

permite moverse. Otra más, la abuelita tal vez, con su andador y sus cuatro dientes que nos sonríen para darnos la bienvenida... y surge en mí la inquietud de si con esto que trajimos de víveres, cobijas o unas flores de Bach para el espanto de la madre lactante, será suficiente. Observo cómo se secan en el piso improvisado de lona fotos antiguas y papeles que parecen importantes y que lograron ser rescatados del escombros y de las aguas para ser ahora su único anclaje a las memorias y fundamentos de lo que eran.

Quince minutos nada más, casi como visita de médico... hay tanta gente que atender; ya volveremos la próxima semana, les decimos, y tomamos nota de lo que más necesitan: “Calzones”, dicen las señoras, pues “nos han regalado ropa, pero no calzones”, “desodorante” dice la otra, “es que no tenemos agua para bañarnos”, unos platos o tazas si podemos, ya no quieren usar desechables... ¡y uno aquí yendo a ofrecer apoyo emocional!

Más allá, un albergue formal en la Unidad Deportiva de Jojutla. Los chinos han regalado una cantidad de casitas de lona azul con sus letreros en chino... ¿qué dirán? No importa, lo importante es que ahí ya se refugian desde ayer setenta familias sin techo. Se organizan en la cocina y comedor improvisados, hacen un inventario de las donaciones que han llovido como el temporal mismo: víveres, medicinas, juguetes; ya hasta se armó un espacio de ludoteca para los niños.

Recorreremos, casita por casita, avisándoles que estamos aquí, que somos del grupo Terapeutas por Morelos y que estaremos toda la mañana por si quieren hablar o tener un espacio de acompañamiento... Los niños son invitados a jugar y dibujar, mientras que sus mamás, poco a poco, se van acercando a un consultorio improvisado de dos sillas plásticas bajo la sombra de un árbol. Lágrimas, historias, enojos acumulados no solo en estos días, sino en la vida entera de pobreza, violencia e injusticia, donde, literalmente, les llueve sobre mojado. Una señora me dice que nunca se había sentido así de escuchada; otra, que era la primera vez

que contaba ese “secreto”. Siento que el valor de ser escuchadas va tranquilizando un poco su estancia en este lugar.

Y así pasan los días en Jojutla. Una semana después, de nuevo viajamos cuatro terapeutas de Cuernavaca. Don Gabriel nos recibe en la puerta de lo que fue su casa, porque sabe que estamos por llegar y, como no conocemos bien el rumbo, no quiere que nos pasemos de largo. Se abre la puerta con su círculo rojo, señal de que la casa ha sido evaluada por Protección Civil y debe demolerse. Don Gabriel nos hace entrar a un espacio despejado frente a la casa que aún conserva vidrios rotos, a través de los cuales se ve el vacío de su hogar, la escalera rota que ya no conduce a ningún lugar.

Se sienta en un banco de jardín, y yo en un huacal de madera frente a él. Quiero escucharlo, pues sé que tiene mucho que decir: es ingeniero, que cómo le van a decir a él, que construyó su propia casa, ¡que se la van a derribar! Que no se mueve de ahí porque él puede arreglarla. La casa pareciera llorar ante sus palabras, o quizás es lo que aún gotea de entre las cuarteaduras por la lluvia de anoche. Que le duele no poder ser proveedor de su familia, que le molesta tener que seguir pagando deudas en el banco, préstamos de antaño, cuando ahora ni siquiera tiene dónde vivir.

Lo voy escuchando y se va serenando. Le enseño a hacer un ejercicio para sacar la tensión, la tristeza, el enojo, la impotencia, o todo mal del corazón en tiempos de crisis. Sencilla la técnica: percibe tu cuerpo, date cuenta de dónde está atorado eso que estás sintiendo, ponle un nombre a eso que sientes y sácalo con fuerza desde tu exhalación. Lo expulsas de todo tu organismo para transformarlo y volver a tener energía. Normalmente sale algo gris, oscuro, negro... Don Gabriel lo ve amarillo.

—¿De qué color? —le vuelvo a preguntar.

—Amarillo, como el del semáforo.

—Transformémoslo —le sugiero—. Ahora, ¿de qué color es?

—Verde —me dice, y señala que lo tiene en su mente.

Y es que don Gabriel tiene en su mente la posibilidad de ver en amarillo las cosas, como precaución por todo lo que se puede resolver con calma, pero no es suficiente.

¡Protección Civil ha dicho rojo! Él solo ha decidido, sin saberlo a ciencia cierta, que prefiere avanzar: soltar y avanzar. “Verde es bueno, llenarme de verde me da tranquilidad; de hecho, creo que me da salud”. Le sugiero que lleve el verde a su mente, que se proteja con ese verde, que avance. Soltar... Avanzar. Don Gabriel sonríe ahora. Su propia sabiduría interior le dio la respuesta. Más tranquilo, se despide de nosotros sabiendo que puede continuar.

Jojutla se mete en mí a setenta kilómetros del epicentro, con sus setenta rosarios y sus setenta casitas de azul esperanza. A pesar de tantos escombros y tantos círculos rojos, observo un pueblo que va soltando, avanzando, y que hoy empieza a resucitar.

LOS HORNOS: EN ESPERA DEL CALOR HUMANO

Después de estar yendo unas tres semanas a Jojutla, regresamos para escuchar que ya no necesitan ayuda. Sabemos que el apoyo que brindamos seguramente es necesario, pero los albergues están administrados por el gobierno, y la psicóloga asignada al lugar de las casitas azules nos niega el acceso si no traemos autorización del Instituto Nacional de Psiquiatría. La burocracia en medio de la crisis complica las cosas, por lo que decidimos (muy a pesar nuestro) no darle vueltas al asunto y movernos un poco más al norte, buscando otro lugar donde trabajar.

Nos encontramos con una ciudad en ruinas: Tlaquiltenango. Ahí nos recibe la imponente iglesia del ex Convento de Santo Domingo con graves daños que hacen que esté cerrado. Se observa la torre del campanario caída, la cúpula cuarteada y una gran grieta vertical que separa en dos esa fachada histórica y emblemática del siglo XVI. En el portón de la entrada un letrero en cartulina,

escrito seguramente por los feligreses, indica en letras rojas que no permitirán que sea demolida su iglesia.

Nos dirigimos a la alcaldía del municipio más grande de Morelos y observamos la destrucción por todos lados. Una centena de personas, con firmeza, agarran fólderes y papeles esperando bajo el sol a que atiendan su solicitud de revisión de sus casas. Atravesando entre el gentío y subiendo por las escaleras al segundo piso, logramos platicar con el coordinador de los albergues, quien nos dice que, sobre todo, se necesita apoyo en los pueblos.

En Tlaquiltenango existen ocho colonias urbanas y veintidós comunidades rurales; la ayuda, nos dice el encargado, ha llegado a las colonias y albergues de la ciudad, pero los pueblos están bastante olvidados. Menciona varios que han sido afectados: Santa Cruz, Valle de Vázquez, Huautla, Las Campanas... y sigue enumerando pueblos. Yo, por dentro, pienso que ni todos los voluntarios del grupo de “Terapeutas por Morelos” podríamos abarcar tanta comunidad doliente.

Medimos nuestras fuerzas y, también por la hora, decidimos en esta ocasión solo acercarnos a uno de los albergues urbanos. A unas cuadras de la alcaldía está la escuela primaria adonde nos han enviado. Como muchos albergues, tiene gente a la hora del desayuno, de la comida y la cena. Algunos se quedan un rato revisando la ropa donada (cerros y cerros de ropa); solo duermen en el lugar unas cinco familias, y la mayoría de los damnificados se retira a sus terrenos para cuidar lo que queda de sus casas. Nos anunciamos con el encargado como un grupo de apoyo emocional y hacemos un par de letreros en cartulina que pegamos avisando que volveremos la próxima semana. Sugiere que es mejor ir a una comunidad, que él nos pone un guía que nos lleve.

A la semana siguiente regresamos y hay más gente, pues acaban de servir el desayuno. Trabajamos con niños, apoyando a algunos que empiezan a tener síntomas de estrés postraumático. Empezamos con acompañamiento individual y seguimos con un

trabajo grupal, juegos y dibujos. Se van acercando más niños y se nos va el día en el albergue. Quedamos con el encargado de ir la próxima semana a una comunidad rural, y así lo hacemos.

Siguiendo unos cuarenta minutos desde la ciudad de Tlaquiltenango hacia el sureste, entramos por un camino de cañaverales que nos abre el paso para llegar hasta Valle de Vázquez, popularmente conocido como “Los Hornos” por su geografía (una hondonada rodeada de cerros) y por el clima que hace honor a su nombre. Se trata de una comunidad dedicada al ganado y a trabajar la tierra. En el camino, nuestro guía nos platica y vamos conociendo características de Los Hornos, como que la mayoría de los jóvenes anhelan terminar su secundaria para irse al norte; es un pueblo donde también abundan los embarazos adolescentes, suicidios, abusos sexuales y abandono paterno... Donde, desde el terremoto, no han recibido ningún tipo de apoyo emocional.

Una placita sombreada con un quiosco de ladrillos caídos en el centro es el lugar que, a pesar de su destrucción, sigue siendo el punto de reunión del pueblo. Y es que, a un costado, están inhabilitados la ayudantía municipal, el centro de salud y el kínder. Un poco más allá, una exhacienda del siglo XIX que utilizaba para albergar a los estudiantes de bachillerato, ahora está destruida, cuarteada y apuntalada con troncos para evitar que terminen de caer sus muros antiguos sobre los pobladores.

Hemos avisado que iríamos a trabajar con mujeres a las 11:30, sabiendo que a esa hora la mayoría ha terminado ya de darles de almorzar a sus niños en la primaria. En Los Hornos, la costumbre arraigada de llevar el almuerzo a las escuelas de los hijos se prolonga incluso hasta el bachillerato, y como una necesidad de que los hijos no se vayan, las madres nutren, brindan calor de hogar y los protegen a toda costa de los males sobre los que no necesariamente tienen control.

Cuando el director de la secundaria del pueblo quiso cambiar la costumbre impidiéndoles el paso a las que llevaban sus guisados

a la hora del recreo, algunos padres llegaron a gritar amenazando; otro incluso sacó el machete para impedir que se perdieran las viejas tradiciones.

Gente de armas tomar abunda en Los Hornos, pero el 19 de septiembre ni machetes ni gritos pudieron contra la fuerza de la tierra que derribó casi cien de las aproximadamente doscientas casas. Hoy se empiezan a ver trabajos de reconstrucción. En la explanada de la cancha de básquet que está al lado de las ruinas del kínder, los pobladores hacen pruebas de material para volver a armar sus casas. El ayudante ha conseguido que dos grandes fundaciones se asocien para donar setenta y dos casas. Ingenieros y asesores deambulan por el pueblo midiendo, supervisando, dictaminando, mientras que los damnificados tienen que organizarse, capacitarse en construcción y poner la mano de obra.

Preguntamos qué pasará con las demás familias afectadas... “No sé, me faltan unas cuantas, a ver si alguna fundación viene a apoyar”, contesta el ayudante municipal.

Las mujeres se turnan para hacer comida a los jornaleros, ahora constructores, y se les va el día en llevar de almorzar a los niños de la primaria, a los adolescentes de la secundaria o de bachilleres, y ahora, también, a los esposos que hacen tabiques. Caminan de la mano de niños pequeños (pues el kínder está aún cerrado) o cargando bebés, recorriendo de un lado a otro el pueblo.

Las mujeres que todo lo indagan en este recorrido, y que en todo se entregan, son a las que queremos apoyar inicialmente. Las hemos citado para que se acerquen al quiosco y, un poco desconfiadas, van llegando después de las doce del día. El sol está en lo más alto del cielo y buscamos acomodar las sillas que nos prestaron bajo la sombra de unos árboles para empezar a trabajar.

La costumbre de llevar siempre al otro lo que necesita, sin que el implicado mueva un dedo, es algo verdaderamente arraigado en Los Hornos. Por eso, parte importante de nuestra labor es ir quitando la idea de que llevamos cosas. Como quien anuncia lo

que vende, empezamos la actividad avisándoles: “No llevamos despensas, no regalamos casas, no somos doctores ni ingenieros. Traemos técnicas de manejo de emociones, traemos un poquito de distensión. Venimos a escuchar y a compartir, a capacitar en temas de desarrollo humano”.

Se retiran unas cuantas que quizá solo estaban de curiosas, y se quedan trece mujeres escuchando atentas la novedad de estas terapeutas para ver, entonces, qué es lo bueno que sí traemos. “A mover el cuerpo tantito”, les digo, y empezamos con juegos que ayudan a soltar la tensión física. “A sonreír y a dibujar otro ratito”, es importante expresar todo lo que nos guardamos para que no nos enferme. ¿Hace cuánto que no se movían?, pienso yo. ¿Hace cuánto que no jugaban o reían? Crujen los huesos oxidados, brillan los ojos ilusionados, se abren los brazos y las mentes de mujeres que han estado por generaciones dando lo mejor de sí sin esperar nada a cambio, criando a un pueblo que se ha acostumbrado a siempre recibir. Hoy ellas tienen un espacio para compartir entre todas el calor humano esencial.

Termina la jornada apenas una hora después. No se puede trabajar mucho más tiempo, pues tienen que correr a hacer la comida, lavar ropa, recoger hijos de la escuela y otros afanes del hogar. Las mujeres que han llegado al quiosco en este día aprenden una que otra técnica y se van sonriendo. Ya volveremos en unos días para dar seguimiento a lo que hoy se forma como un grupo de apoyo en Los Hornos.

LA NOPALERA: RECONSTRUIRSE EN LA ADVERSIDAD

Vamos cuatro terapeutas animosos a colaborar en La Nopalera, Yautepec, poblado en el que nos dicen que se necesita ayuda emocional. Recorremos un camino fresco cargado de maizales en flor a diestra y siniestra, disfrutando de una amena charla. De repente

el camino desemboca en una callecita más siniestra que diestra y tenemos que callar para entender la realidad de un pueblo tirado al suelo. Avanza el carro lentamente y nuestros ojos captan terrenos baldíos con montones de piedras, ladrillos rotos y fierros retorcidos, vestigios de lo que fueron casas.

Dicen las estadísticas que La Nopalera cuenta con 262 viviendas... dicen unos pobladores que se cayeron cien de ellas, otros dicen que cincuenta, sin cuenta. Lo cierto es que camino por sus calles sin dar crédito a esta realidad de destrucción que se impone. A trece días del terremoto, la escuela está cerrada, pues está inhabilitada por sus cuarteaduras. La escuela es quizá la única construcción aún en pie en el centro, y a su alrededor deambulan niños buscando entretenerse hasta que puedan volver a clases. El quiosco de la placita se conserva intacto, y como cuadro imposible cuelgan de él ropas que salen a secarse de los cientos de bolsas negras de donación que han traído en estos días las personas que buscan apoyar. “Sí hay donaciones –nos dicen–, nos han traído despensas y ropa, mucha ropa”. La ropa se acumula más allá, en cerros, y sobre ellos, cerros de moscas.

Buscamos dónde instalarnos para atender a las personas en crisis y nos remiten al único espacio público disponible, la cancha techada del pueblo... y ahí, más ropa, más moscas, un olor ácido putrefacto que penetra en el cuerpo. Buscamos cómo limpiar con un trapito las dos mesas que encontramos en el espacio y una esquina de la gradería de cemento. Llega entonces una camioneta que viene del DIF con desayunos para repartir, y esto nos ayuda a que los pobladores se acerquen. Les decimos que venimos para el apoyo emocional, que jugaremos con los niños, platicaremos con los grandes, pero solo se quedan unos cinco niños atraídos por los juguetes, crayones y hojas de papel, mientras los adultos desayunan y se van.

Esperamos un largo rato, que entre duelos y moscas parece eterno, como si el reloj no tuviera sentido en este pueblo olvidado.

Decidimos salir a buscar a quién brindar nuestro apoyo, y en la esquina nos acercamos a una joven frente a una mesita de dulces en el lugar donde antes era la tienda más grande del pueblo. Juliana, que así se llama, nos dice que a ella le gustaría platicar, pero que tiene que irse a cocinar, pues los soldados le están levantando un cuartito (cuatro palos y una lámina) y les quiere preparar algo de comer. Que mejor vayamos con su amiga, que está muy mal. Juliana llama a su hijo y le dice que me guíe.

Bajando cuatro cuadras, llego a un terreno grande, sembrado de calabazas. Cuatro perros bravos amarrados ladran a las visitas inesperadas cuidando una pequeña casa de bloques que se observa al fondo. Saludo a Aura, quien aferrada a sus dos niños no quiere salir de su terreno. Me cuenta con terror el recuerdo de los gruñidos de la tierra y su carrera subiendo sin aliento hasta la escuela el día que todo se estremeció. Que no puede dormir, que la mente no puede calmarse a pesar de que se sabe afortunada, pues su casita sigue en pie, sus niños están hoy con ella, y su esposo, que trabaja en la granja porcina a las orillas del pueblo, es un buen hombre. La escucho, le enseño un par de técnicas para bajar la ansiedad, para pisar esa tierra rugiente en un hoy que no se mueve, y me despido con la promesa de regresar la semana siguiente.

Regreso a la cancha esperando junto con mis compañeros un rato más, pero las personas no se acercan. Decidimos, entonces, salir de nuevo, pues a pesar de que hemos ido avisando de casa en casa que estaremos ahí, la gente no quiere salir de su terreno, no quiere separarse de los suyos.

Nos dicen que una joven que vive en la esquina, frente a la escuela, está muy mal. Dos de los terapeutas nos acercamos a lo que queda de una casa que hace poco era de dos pisos y que hoy es solo escombros. Juanita tiene veinticuatro años, pero parece de quince. Es la única maestra de primaria que vive en La Nopalera, y nos cuenta que el día del terremoto, como indicaban los protocolos del simulacro que practicaron un par de horas antes, salió al

patio con sus niños mientras oían crujir la tierra y las paredes de su salón... que permaneció al lado de sus niños hasta que llegaron por el último de ellos. Entonces intentó cruzar la calle donde, a media cuadra, está su casa, para descubrir que no podía cruzarla, pues todo se había caído sin distinción: la tienda de su vecina, la casa de su infancia... todo en el suelo. Que, como pudo, pasó por encima de los escombros para encontrar que su familia estaba en *shock* reunida en el patio. A ella lo que más le pesaba es que estaba con los niños en frente y no pudo correr antes para abrazar a su mamá.

Seguimos andando. Finalmente contactamos con el señor Justino, ayudante municipal, quien nos contó que había contabilizado personalmente ciento cincuenta y seis casas con daños irreparables. Al enterarse de nuestra labor, empezó a enumerar a las personas que necesitaban apoyo emocional. Contó casi treinta casos que él consideraba graves, y también nos indicó que tanto en el cerro como en el barrancón se cayeron varias casas.

Al ver la cantidad de terrenos baldíos con tiendas de campaña, caímos en la cuenta de que no nos daríamos abasto para todo lo que había que hacer. Entré a un terreno donde había un cuartito de bambú que hacía de cocina, y otro de lámina que hacía de dormitorio, como los que están construyendo los militares. Escucho ahora la historia de doña Bere, quien al saber que soy psicóloga, empieza a desahogarse y recuerda que a ella no la quiso su mamá desde que era pequeña. Su madre, afirma, debería haberle dado amor, pero simplemente no se lo dio... como la madre tierra, que siente que hoy no se lo da. Segunda vez que se le cae la casa, me cuenta. La primera fue cuando al lado del terreno en el que vivían, hace tres años, llegaron un día unos hombres a medir y metieron máquinas como para hacer cimientos de algo grande. Esa misma noche, la casa se partió en dos, y la mitad se fue al agujero que habían excavado. Me cuenta que sus cosas y sus muebles se iban directo al agujero... que quiso detener su refrigerador y que casi

se va con él, si no es porque su hijo la detuvo de las piernas. Este terremoto de hace unas semanas, más que hacerle ver sus ruinas actuales, lo único que hace en ella es recordarle sus fantasmas de antaño acumulados en el alma.

Más allá, hay un terreno pequeño con un par de cuartos cuyas paredes son tabiques apilados en peligroso equilibrio y una tela volando con el aire hace las veces de puerta. Nos saluda doña Isabel, mujer pequeña y regordeta que nos invita a pasar y a escuchar; junto a ella, el radio a todo volumen transmite cantos y oraciones cristianas. Agradece estar viva y que no le falta nada, pues afirma tener a su familia a salvo y “hasta un arbolito cargado de limones”. Se olvida por un momento de que no tiene una casa bien armada y nos obsequia una bolsa llena de limones... “Vengan en un par de semanas, ya estarán buenas las papayas para que se las lleven”.

Bajando una media cuadra por una calle estrecha llena de escombros, llego a la casa de la señora Lupita, o a lo que era su casa. Acomoda un par de sillas bajo el toldo improvisado que hace de bodega, cocina y cuarto. Me cuenta que en el barranco vive ella con sus cinco hijas y sus familias, cada una con sus casitas caídas ahora. Que ella es viuda, que tiene nueve nietos, que los yernos están sin trabajo y que una de sus hijas también, pues hacía limpieza en la ayudantía municipal y ahora ya no hay ayudantía.

Suben rezos y cantos desde el fondo del barranco hasta el lugar donde estamos y doña Lupita se pone a llorar. Su comadre falleció hace tres días, y desde hace tres días la están velando, pues esperaban que llegara su hijo que está en el norte, pero el hijo nunca llegó, así que ya en un rato la llevan a enterrar. Su yerno y su hijo, el ahijado de la comadre, se fueron a “rascar” en el panteón para alistar todo para el entierro. Que fue del azúcar, dice, que igual y fue de la presión, no saben bien, pero que cuando la llevaron hasta Salubridad en Yautepec, llegó para dar el último suspiro... Doña Lupita sabe que fue de la pura tristeza que la embargó.

Llega la nuera. “Buenas tardes, mamá Pita”, le dice y le entrega una olla de comida. Y es que se quedaron sin estufa y la leña está mojada. “La nuera –y no es porque esté aquí–, icómo nos ha apoyado! Su casa no se cayó, y nos trae de comer todos los días. Y vea que somos cinco familias, y diario nos está trayendo de comer”. Seguimos platicando, y la nuera me acerca un plato de papaya recién cosechada de su terreno. Agradezco recibirlo, pues después de caminar y escuchar por un tiempo que parece eterno, había olvidado que era importante comer algo. Agradezco y disfruto por un momento el sabor de la papaya que me refresca y me vuelve a una realidad de esperanza y solidaridad en medio de tanta destrucción.

A la semana siguiente volvemos a acercarnos al terreno de doña Lupita, ahora con un cuartito de láminas de donde sale para decirnos que está un poquito ocupada, pero que la esperemos. Vuelve a entrar al cuarto y oímos a un bebé llorar desde adentro. Llora y llora. Mientras, doña Lupita nos acerca unas sillas y nos dice que ahorita viene. Se calma el llanto y sale luego una joven con el bebé tapadito de la cabeza con un paliacate y envuelto en una manta. Tras ella, doña Lupita nos trae unas mandarinas sabrosas de su cosecha, y mientras las degustamos, nos va contando que su abuelo le transmitió lo necesario para ser curandera. Nos dice que le enseñó de hierbas y medicinas de la tierra, a curar de espanto, de ojo, y de todos los daños que les hacen a las personas. Que en los bebés es más notorio, pues lloran y se ponen mal, pero que a los adultos también les da. Que cuando se nos ofrezca, la busquemos.

Y es que doña Lupita es una mujer que desde la más profunda crisis resurge con una fortaleza capaz de reconstruirse ante la adversidad. Otro día pasamos a visitarla y nos acerca, como siempre, un par de sillas de plástico. A pesar de que las lluvias han parado, se siente en el ambiente un olor a tierra mojada.

Doña Lupita se queja un poco de que le duelen las manos. Como nos capacitamos en el grupo para brindar masaje relajante

de manos, aprovecho la oportunidad para practicar. Saco un frasquito con aceite de lavanda y otro con aceite de coco. Mezclo y empiezo a aplicar mientras agradezco interiormente a tantos donadores que se han acercado al grupo de terapeutas para apoyar. Entre las cosas que nos dieron, llegó una cantidad considerable de aceites esenciales. Confirmo, al usarlo con doña Lupita, que definitivamente la aromaterapia en tiempos de crisis es una maravilla, pues permite que la salud entre por los poros y las emociones se acomoden en su lugar.

Observo sus manos delgadas, de dedos largos, y empiezo primero con la derecha. Practico los movimientos circulares y caminantes que me enseñaron sobre una piel manchada y arrugada. Me explica el porqué del dolor. Es que ayer se acordó de que ya se acerca el Día de Muertos. “Ya es en una semana –afirma–, y yo siempre le pongo su ofrenda a mi esposo, le horneo su pan, sus tlaxcales, su fruta de horno. A él lo mataron hace unos años”.

Comienza doña Lupita a hablar de su esposo, de las injusticias de la vida... Yo sigo acariciando y caminando su mano con mis dedos. Paso a su mano izquierda, empieza a sonreír. “Pero no le he contado porqué me duelen las manos –su tono de voz se vuelve orgulloso–. Mire atrás de usted”. Sin soltar su mano, volteo. No había visto hasta ese momento el horno de barro que luce fresco, y entonces entiendo de dónde viene el olor a tierra mojada.

Me cuenta que ayer construyó su horno, que cómo va a ser que no le ponga la ofrenda a su esposo, pues nunca ha dejado de ponerla. Que sus hijas la miraban mientras ella mezclaba, paleaba, armaba. Que quiso hacerlo sola. “¿Sola?!”, me sale la pregunta con incredulidad. Y ella, con esa sonrisa orgullosa que ahora es más amplia, responde que sí, que ella sola levantó su horno, y que aún no ha levantado su casa, pero que ya se está animando a hacer muchas cosas más. Sonríe contagiada por una mujer que empieza a reconstruir su entorno y a reconstruirse ella misma a pesar de la adversidad.

La Nopalera va tomando un lugar especial en mi vida. Me preparo todas las semanas para dar lo mejor de mí, pues sé que estoy aprendiendo de esas sonrisas y de esas historias. Recorro el pueblo para comprobar en cada visita cómo se van resolviendo las pérdidas y cómo va renaciendo la vida.

Si al inicio Juliana callaba la angustia de ver a sus hijos sin hogar y me mandaba con su amiga Aura, hoy tiene un espacio para aliviar sus penas y me cuenta que está capacitándose con los voluntarios que llegaron al pueblo para aprender a hacer ladrillos y a construir de nuevo su casita y su tienda. Aura empieza a salir de su casa; ya no está aferrada a sus hijos impidiendo que puedan asomarse solos a la calle; el terror del 19 de septiembre va alejándose de su vida cotidiana. Juanita vuelve a dar clases, ahora en unas aulas móviles de lona que han colocado en la cancha techada. Sonríe al verme pasar y percibo que la culpa empieza a liberarse de su cuerpo.

Doña Isabel y sus limones, doña Lupita y su horno... Esperanza y fe; compartir, colaborar con los otros, una búsqueda de todos para aliviarse y aliviar a los suyos... la realidad hoy en La Nopalera.

SIGUE EL MOVIMIENTO: FLUIR CON COMPROMISO

A tres meses del movimiento de la tierra, siguen grabadas en mi ser las olas del asfalto. Permanecen en mi memoria como un repentino discurrir de la realidad en la que estoy parada y, junto con tantas otras vivencias que me ha tocado escuchar, sé que la mía tiene que ver con un permanente fluir.

Tomar conciencia del aquí y del ahora, rescatando lo que he vivido, lo que he aprendido, así como lo que he escuchado y he enseñado, hacen que tome hoy mi tercera decisión importante desde el 19 de septiembre de 2017: seguir apoyando a las comunidades de Morelos desde un acompañamiento hacia el desarrollo humano integral.

Sé que doña Lupita, Juliana, doña Isabel, Juanita, Aura, doña Bere y tantas madres, esposas, hijas, hermanas, curanderas, constructoras, maestras y expertas en la vida, tienen en sí mismas (al igual que yo) la capacidad de renacer desde los escombros. Apuesto por ellas, pues soy una con ellas. Me acerco a las mujeres de esta tierra y sé que pueden reconstruirse desde un ser equilibrado; hay fortaleza en sus decisiones y acciones, y sé que pueden ser pilares responsables y conscientes de las nuevas comunidades que empiezan a surgir en Morelos. Hoy confirmo que he crecido y que la labor continúa fluyendo con compromiso y acción. El nuevo amanecer ya está aquí.

